

# I LA IDEOLOGÍA COMO PODER

## 1. Ciencia social y dominación cultural

El supuesto fundamental de esta breve nota es que si bien la teoría que no tiene incidencia real en la vida de los hombres y los pueblos es un pasatiempo inútil, sin embargo toda acción colectiva necesita dar desde sí misma razón teórica de su propósito y alcance. En otros términos que quizá nos sean más familiares, la acción —praxis, dirían los marxistas—, sea cual sea su contenido, acaba perdiendo toda su efectividad si no es capaz de alumbrar una estructura teórica que le dé sentido y vigencia, y si no logra constituirla en principio de organización racional y de legitimización ideológica de su persistencia y propagación.

La dominación cultural es, a los efectos de esta reflexión, la forma que asume el imperialismo político para vehicular los contenidos y los modos de la autojustificación de un sistema hegemónico. Dentro de la multiplicidad de versiones y modos que reviste este tipo de dominación, voy a limitarme a examinar algunas categorías de formalización del saber social, por pensar que se sitúan en la cúspide de la construcción ideológica de esa peligrosísima máquina de guerra, que en manos de los imperios, constituyen las ciencias sociales.

Todo nuestro mundo institucional, el capitalista y el socialista, el más avanzado y el menos avanzado, está dominado por una categoría capital: la del desarrollo. Hasta nuestra misma diferenciación denominativa pasa por ella, y así el mundo se divide en países desarrollados y países en desarrollo. El *desarrollo* es no sólo la palabra mágica, la palabra mito que ha sustituido

en el siglo veinte, al inocente *progreso* del diecinueve, el desarrollo es el baremo esencial por el que se mide la bondad y la maldad de regímenes políticos, estados nacionales y sistemas sociales. El desarrollo es la piedra angular para la edificación de planes y políticas, de proyectos y de prospectivas. El desarrollo es sobre todo, cultural e ideológicamente hablando, el vector principalísimo de penetración y control de que se sirven los poderes imperiales para establecer y consolidar su dominación económica y política.

¿Qué es desde el punto de vista conceptual la categoría «desarrollo»? Simplemente la repetición mimética de un modelo histórico, el de los países capitalistas llamados avanzados, o como sagazmente lo define Sachs «un esquema unilinear, mecanicista y reiterativo de un determinado momento histórico en unos países determinados».

La categoría asumirá la condición de teoría, por obra y gracia de Rostow —en su encarnadura más frontalmente ideológica—, Hirschmann, Kuznest, etc. conservando siempre sus dos rasgos constitutivos, el atlánticocentrismo por una parte y la reducción economicista por otra. Es decir, que sólo un determinado tipo de crecimiento económico, realizado de acuerdo con determinadas pautas ya experimentadas, las euroatlánticas, puede conducir al resultado deseable y deseado.

Observemos de pasada, que este planteamiento teórico conceptual se apoya en un paradigma biológico —las mismas palabras de crecimiento y desarrollo reenvían a él—, pero afectándolo de un mecanicismo fisicista hoy completamente abandonado en las ciencias biológicas, donde la crítica de Jacob, Monod, y tantos otros, parece haber sido definitiva. Claro está que, afortunadamente, la desmitificación de esta categoría ha echado ya a andar y que los trabajos de André Gunther Frank, sobre todo *El desarrollo del subdesarrollo y Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*; de Samir Amin: *La acumulación del capital a escala mundial y El desarrollo desigual*; de Babakar Sine: *Imperialismo y Teorías Sociológicas del desarrollo*; de Ga Kwame Amoia y de Oscar Braum *Intercambios internacionales y*

*subdesarrollo*; de Abdel Aziz Belal, *Desmitificar el subdesarrollo*; de Ives Benot, de Bettelheim, de Jean Marie Lycops, etc. suponen un proceso de clarificación importante.

Hoy los intelectuales de los países en desarrollo comienzan a tener a su disposición un cierto arsenal de argumentos teóricos, para mostrar que el subdesarrollo es producto del desarrollo en dos aspectos: primero, en cuanto que el desarrollo necesita del subdesarrollo para continuar desarrollándose o post-desarrollándose; segundo, en que ambos son resultado del mismo proceso histórico: la persistencia de un determinado statu quo y las hegemonías del capitalismo y del socialismo en sus respectivas áreas. Ahora bien, esa disponibilidad es puramente teórica, es decir, no está todavía avalada ni por una práctica científico-analítica que la verifique suficientemente; ni por una difusión cultural y una implantación institucional que la imponga en la realidad de los pueblos.

Por ello los espléndidos trabajos a que acabo de referirme no impiden que, como ha escrito Babakar Sine, las teorías dominantes del desarrollo sean doblemente nefastas, primero «porque falsean la percepción de las realidades de los países subdesarrollados; y segundo, porque modelan inadecuadamente las concepciones socio-económicas de sus ámbitos intelectuales, ya que siendo una transposición ideológica del sistema económico central dominante, favorecen el subdesarrollo científico social de la periferia, al enajenar a los intelectuales de las categorías que deberían serles propias» y al imponerles otras que le son ajenas e incluso, antagónicas.

La categoría *desarrollo* no aparece sola en el ámbito de las ciencias sociales sino que se inscribe en una constelación significativa en la que quizás, la que es más cercana y necesaria es la de modernización. El origen, y especialmente la plataforma de lanzamiento de ésta última es también U.S.A. Los profesores Almond, Verba, Coleman etc. son los promotores de su introducción y uso. Aunque de carrera menos brillante y metéorica que desarrollo, porque su función es vicaria y de complemento, la categoría modernización ha sido un instrumento

eficacísimo en el establecimiento del vasallaje cultural de la periferia.

Modernizar supone elevar las sociedades tradicionales —moderno se opone, claro está, a tradicional— a la condición de moderna. Con lo que la práctica de la dominación de las tres cuartas partes del planeta se viste con los oropeles del progreso. En efecto. ¿Qué puede haber de más encomiable que ayudar a países en situación colonial y pre-colonial, a sociedades sometidas a la opresión del feudalismo y de la tradición, a acceder a la envidiable condición de libres y modernas? Que esa modernidad coincida con la organización socioeconómica que llamamos capitalismo —privado o de Estado, es casi igual— y que ese capitalismo exija un determinado tipo de producción industrial que para el Tercer Mundo equivale a colonización e imperialismo económicos es circunstancia que nuestros modernizadores consideran, en la más crítica de las hipótesis, como beneficiosas. Toda la problemática de la modernización estriba pues en remover los obstáculos que se oponen al progreso, en vencer la resistencia que la ignorancia y la miseria presentan a la marcha hacia adelante, que el inmovilismo y el miedo ofrecen a la modernidad.

Esa articulación conceptual florece no sólo en las páginas de los libros científicos de los dos imperios, sino en los informes de los expertos de los países centrales y de los periféricos y hasta en los discursos de nuestros políticos y hombres de Estado.

Claro está que desarrollo y modernidad necesitan apoyarse, y se apoyan, en un cuadro general de categorías más amplias que forman su soporte básico. El cambio social, por ejemplo, que no es sólo una categoría de análisis sino la designación que agrupa un sector importantísimo de las ciencias sociales, se concibe como la transformación gradual y armónica, necesaria pero controlable de la vida colectiva de los hombres. Es obvio que su función es la de suplantarse la categoría política de lo que llamamos revolución, entendida como transformación radical y rápida de un sistema social.

El otorgamiento a las nociones de equilibrio y orden de posi-

ciones centrales dentro de toda organización social, hasta el extremo de que sistema y formación social se convierten en sinónimos de orden social, que ocupa, con gran frecuencia, su lugar en la literatura científico social contemporánea. La aparición de la teoría de las élites y de los grupos de presión, como sustitutiva de la teoría de las clases sociales o la recuperación positivista de ésta última, mediante la eliminación de la dimensión del conflicto entre ellas, con lo que las clases pasan a ser apacibles grupos sociales intercomunicados, interdependientes y complementarios, en la seductora teoría de la estratificación social.

Y de modo muy particular la neutralidad ideológica y la objetividad científica, en las que ya nadie cree, pero que siguen siendo las coartadas utilizadas sistemáticamente por todos los defensores del orden establecido para alzarse sobre el pedestal de lo indiscutible. ¿Quién no sabe hoy que en las ciencias sociales toda estructura científica se sitúa —implícita o explícitamente— en un marco ideológico, es portavoz mediato o inmediato de unos intereses específicos, y responde, o intenta responder a las expectativas de un contexto social determinado? Nadie ignora ya que la neutralidad es el disfraz predilecto de los falsarios.

Todos somos militantes, en el mejor de los casos, de nuestros prejuicios y preferencias, y a su través, de nuestros intereses. Intentar negarlo u ocultarlo ha sido hasta ahora una deshonesta pero útil estratagema de la ciencia social de los centros dominantes. Hay que conseguir que pronto sea una estupidez táctica. Más allá de la pretendida objetividad de los purísimos expertos, hay que afirmar que la única garantía de honestidad y de eficacia en el trabajo científico social, comienza exhibiendo cada uno el cuadro de sus propios condicionamientos desde los que quepa explicar y entender tanto lo que se dice y cómo se dice, como lo que se calla y por qué se calla.

Todas estas reflexiones pueden parecer piruetas en torno al sexo de los ángeles y, sin embargo, sus consecuencias inmediatas sobre las vidas individuales y el destino colectivo de los países dependientes de uno u otro imperio es grandísima y directa. Ejemplos, habría muchos, pero quiero referirme a uno, que pa-

rece decisivo, pues, de él depende el pan nacional de cada día, ya que él funda el prestigio y, por ende, el papel internacional de los diferentes Estados y pueblos. Me refiero a los indicadores socioeconómicos y entre ellos, a los indicadores de desarrollo.

La construcción de la teoría de los indicadores se hace en EE.UU. Stuart Rice, Sheldon y Moore, la Russell Sage Foundation, etc., son los encargados de formularla. Se nos presentan como instrumentos estrictamente técnicos para orientarnos en el «laberinto de las intercomunicaciones sociales». Gracias a ellos podemos «descubrir los *estados sociales*, definir los *problemas sociales* y determinar las *tendencias sociales* que la ingeniería social orienta en el sentido de los *objetivos sociales* formulados por la *planificación social*».

Esta definición de Rice pone de relieve sus tres rasgos característicos:

1. Su definición descriptiva.
2. Sus interconexiones que exigen un tratamiento sistémico que remita a un modelo socioeconómico particular y
3. La ayuda instrumental que pueden representar para el planificador.

Lo que me parece importante subrayar es la necesidad de que exista un modelo previo que pueda organizar los datos recogidos en la fase descriptiva para su eficaz utilización en la fase planificadora. Con lo que los indicadores dejan de ser simples herramientas técnicas, consistentes en sencillas series estadísticas brutas o en complejas series llaves o series representativas, obtenidas mediante sutiles técnicas multivariadas, análisis discriminantes, etc., para ser lo que, en verdad, son: instrumentos dóciles al servicio de un modelo social y de sus objetivos políticos y económicos.

Y esto es tanto así que en el número 30 de los «Informes y Documentos de Ciencias Sociales de la UNESCO», Branislav Ivanovic, ex-director de la Oficina de Estadísticas de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo, a pesar de sus esfuerzos y de su ideología progresista, cuando propone una lista de indicadores de desarrollo, acaba siendo

tributario de la concepción dominante, y contribuye, en consecuencia, en lo cultural y científico, a la consolidación del poder de los países hegemónicos.

En efecto, Ivanovic que se apoya en análisis anteriores de Zdzistav Hellwig, Frederick Harbison, Jean Maruhnic, Jane Reswick, H. W. Singer etc., selecciona como indicadores más decisivos del desarrollo los siguientes:

1. El PIB por habitante;
2. El consumo de energía por habitante;
3. El PIB de la población activa que trabaja en la agricultura;
4. El porcentaje de la población no agrícola;
5. Las exportaciones de los artículos manufacturados por habitante;
6. La tirada de periódicos por mil habitantes;
7. La concentración de nacimiento según la edad de la madre;
8. La proporción de personas alfabetizadas;
9. La parte de las industrias manufactureras en el PIB;
10. El número de médicos por cien mil habitantes;
11. La duración media de vida;
12. La tasa de inscripciones escolares.

Luego procede a su ponderación por la doble vía del método taxonómico y de la seriación de la distancia. Pero estos refinamientos técnicos no parecen modificar, sino al contrario, confirmar la opción de base. Los indicadores privilegiados son aquellos más directamente centrados en el modelo industrial euroatlántico. Y sirviéndose de esos herméticos indicadores, tan técnicos, se atribuyen puestos en la escala mundial y se asignan objetivos y metas que tendrán todo el peso sancionador de lo científico.

Si desde el nivel de la investigación científico-social nos trasladamos al comportamiento institucional, cambian los modos, pero continúan la misma dirección y objetivos. Y ello, incluso en la más progresista de las grandes organizaciones internacionales. Los tipos de acción de la UNESCO, por ejemplo, así nos lo prueban. Siguiendo la nomenclatura que les es propia, podemos

clasificarlos en: 1. Misiones y consultas; 2. Promoción de la enseñanza; 3. Apoyo a la investigación.

El primero consiste en análisis —Surveys— de carácter nacional o regional, «mediante un grupo itinerante de expertos, que hace posible que uno o varios gobiernos puedan determinar sus necesidades e identificar su capacidad de desarrollo». Como ejemplos de este tipo de actividades una misión organizada conjuntamente por la UNESCO y la Comisión económica de las Naciones Unidas para América Latina, en la que se exploró, en 1960, la situación y necesidades futuras de la enseñanza económica universitaria en un gran número de estados latinoamericanos. O dos misiones emprendidas en 1959 y 1962, por científicos sociales, para determinar, respectivamente, el estado de la enseñanza y de la investigación de la ciencia económica en el África subsahariana o las perspectivas que ofrecía la formación de funcionarios civiles en el continente africano.

La promoción de la enseñanza consiste también en misiones de expertos, financiados para uno o más años, bajo el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (Departamento de Asistencia Técnica) y que desde la perspectiva del impulso institucional se traducen en la creación de una escuela o facultad, división o departamento dentro de una universidad, en la mayoría de los casos recién establecida.

Citemos entre otros ejemplos, la creación del Departamento de Sociología de la Universidad de Dacca en Pakistán; de una Escuela Nacional de Administración Pública (1963-68) en el Chad; de un Instituto de Ciencias Sociales en la Universidad Libanesa de Beirut; de un Instituto de promoción social en Tananarive; de la creación del Departamento de Desarrollo Económico de la Universidad de Monterrey, en México; del establecimiento de cursos de Administración de Negocios en el Colegio de Educación avanzada de Lusaka, en Zambia; etc.

También en el apoyo a la investigación son fundamentales las misiones, pues cumplen la doble función de servir para el establecimiento de una Institución permanente y de facilitar a los Gobiernos interesados, un informe sobre la situación del sector o

subsector científico de que se trate. Todos estos datos nada tienen de original sino que proceden de un informe de Anne Marie Franz para la misma UNESCO, publicado en 1969 en la Revista de Ciencias Sociales de dicho organismo.

En todos los casos el mecanismo es el mismo: uno o varios expertos casi siempre extranjeros, solos o con la colaboración de algún nacional, misionan, ¿no tiene el término misión, *mission* en inglés y francés, un valor denominativo y connotativo, absolutamente inequívocos de conquista para un determinado mundo de valores y creencias? ¿no suena claramente a paternalismo salvador?

Se trata de ganar para el mundo del saber y del progreso a esos menores de edad que son los hombres y los pueblos que viven en el subdesarrollo, es decir, en el salvajismo y en el descarrío. Se trata de empujarlos a que abandonen sus ignorancias y miedos, se trata de obligarles a que se salven.

Así pues, incluso la UNESCO, que está en la vanguardia de la lucha por la justicia y el equilibrio internacionales ha necesitado un largo y accidentado periplo institucional para asumir la problemática de los países del Tercer Mundo desde sí mismos y para establecerse en la perspectiva del desarrollo endógeno.

En cuanto a los expertos, sean extranjeros o nacionales, es evidente que son cautivos, irremediamente, de la formación científico-social de los centros de dominación. Bástenos remitir en este punto a tres excelentes artículos: E. W. Weidner: «The Professor Abroad», the *Annals of the American Academy of Political and Social Science* (Philadelphia) Vol. 368, Nov. 1966; Siyed Hussein Alatas: «The Captive mind in development Studies», *International Social Science Journal*. Vol. xxiv, número 1, 1972; y Akinsola-Akiwowo «The Role of Social Scientists in Africa. Further Reflexions» —que es una respuesta y un complemento del de P. E. Temu que lleva el mismo nombre.

Agregemos que en el ámbito científico-social, la estructura de la dominación tiene como centro capital la ciencia anglosajona, y más concretamente norteamericana, y desde ella se extiende y diversifica hacia el resto con niveles y maneras que varían según

países y regímenes políticos. Pero que llega a todos. Las universidades europeas —francesa, británica, italiana, alemana—, las mismas universidades socialistas son con frecuencia sucursales de la ciencia social de EE.UU. Claro que hay grados de opresión y de responsabilidad entre el centro y la periferia, y que los modos y la intensidad del condicionamiento son distintos en los países socialistas y capitalistas. Pero los países centrales sobre todo los secundarios, que ejercen delegadamente la dominación, la sufren también a su vez. Esta perentoria afirmación necesitaría ser sustentada con más profundidad y detenimiento de los que el hicet nunc hacen posible. Tendrá que bastar, por ello, la mera enunciación de tres ejemplos. Primero: Max Weber se impone en la sociología alemana de la post-guerra a través de la mediación del profesor norteamericano Talcott Parsons; hoy, en las universidades de la RFA vuelve a aparecer la sociología de carácter fenómeno-lógico de la mano de Schutz, Nathanson, el interaccionismo simbólico y la etnometodología, que son la última importación científico-social de EE.UU. Segundo: Algunos países socialistas importan y aplican casi literalmente la sociología electoral que se utiliza en los Estados Unidos, a una realidad, la suya, que en principio no parece homologable en la norteamericana. Tercero: La utilización de la categoría marxista de alienación en los estudios sociales de los países socialistas, incluida la Unión Soviética, se hace a través de los supuestos metodológicos y de las técnicas del empirismo norteamericano, con lo que se vacía a aquélla no sólo de toda virtualidad teórico-marxista sino de toda coherencia y capacidad esclarecedora.

Podrá objetarse que este sumario balance es muy pesimista y que olvida las aportaciones, algunas notables, que surgen a partir de la segunda mitad de los años 60 y de las que las categorías conceptuales de dependencia e imperialismo, a nuestro juicio complementarias, representan tal vez el ejemplo culminante. Y los nombres de: Teotonio Dos Santos, Rodolfo Stavenhagen, Celso Furtado, Cardoso, Vaitsos, Kay, Mark Franco, Samba, Sow, González Casanova, Kostas Vergopoulos, el excelente estudio de Martín Carnoy: *Educación as Cultural Imperialism*, Ar-

mand Mattelart y un largo etc., amén de la llamada «Ciencia Social Radical», forman una avanzadilla, sin duda alguna esperanzadora, pero insuficiente.

Y ello por dos razones. Porque la línea que prevalece, abrumadoramente, es la de la perspectiva científico-social euroatlántica, como nos lo prueban casi todas las publicaciones progresistas últimas del sector y entre ellas y por ejemplo, el reciente libro colectivo de Georges Balandier *Sociologie des Mutations*. Y porque los otros esfuerzos que desde luego aplaudimos, son, no sólo parciales y desordenados, sino especialmente de nivel o puramente teórico o puramente descriptivo. Es decir, hace falta establecer la cadena completa de nuestra propia estructura científica desde el nivel teórico formal hasta el de las conclusiones prácticas, pasando por la fundamentación epistemológica de las hipótesis teóricas, su formalización metodológica, su adecuación técnica y su efectiva práctica analítica. Todo ello en estrecha trabazón y coordinada interdependencia, como bases necesarias y necesariamente coherentes de un solo y mismo proceso. Sólo así podrán tener capacidad de convicción y de sustitución.

Porque no se trata sólo de criticar la ciencia social de la que somos súbditos, ni siquiera de desmontar sus mecanismos y denunciar su voluntad de vasallaje. Hace falta sustituirla por otra que tenga como quicio fundamental la identidad de los países en «desarrollo», identidad basada por una parte en su vocación nacional, y, por otra, en el protagonismo de sus fuerzas sociales. Se trata de categorizar adecuadamente estos dos grandes ejes de la realidad dependiente, de hacerlos operacionales y de aplicarlos sin desamparar. Sólo se destruye lo que se sustituye, y para acabar con las metas impuestas por la ciencia social del imperialismo y del colonialismo culturales es imperativo sustituirlos por otras que respondan a las determinaciones últimas y a las exigencias esenciales de los países dependientes y de cada específica situación nacional.